

DE CÓMO EL PASTO AYUDÓ A LA MADRE TIERRA

2º - 3º

Después de haber creado la Tierra, Dios pidió a algunos Ángeles que tejiesen para ella un vestido. Los ángeles se ocuparon en seguida y, cumpliendo la orden de Dios, crearon hojas de todo tipo y tamaño: grandes y fuertes para la palmera, finitas y delicadas para la tierna manzanilla, filosas y duras para el árbol sauce-llorón, semejantes a delicados corazones para el tilo. En forma de dedos algunas, emplumadas, dentadas, curvadas; una infinidad de formas armoniosas.

Pero al Ángel de las plantas le disgustaba que todo fuese de color verde, y mandó a otros Ángeles tomar la luz y el calor del sol para transformar a muchas hojas en estrellas y soles, campanillas y cálices, todo de hermosos y brillantes colores.

Así lo hicieron y crearon las flores.

¡Cuán hermosa quedó nuestra Madre Tierra!

Al ver que le sobraban extensas llanuras áridas y desnudas, se envolvió en un manto de tristeza y lloró.

"Por favor, querido diente de león" -rogó-, "cubre con tus bien formadas hojas estos trechos de mi desnudez".

"No" -gritó éste-; "aquí me quedo".

Y hundió más profundamente sus raíces en la tierra.

"¡Quiero brillar como el sol!"- Y sobre su tallo brotó una esfera dorada.

"¡Como el firmamento quiero ser!"- y sobre su flor apareció una cúpula de estrellas llevando cada estrella que el viento alzó, un granito de vida, una semilla.

Al caerse hundieron con fuerza sus raíces en la tierra.

Miren, así competían las plantas entre sí por adornar la Tierra, cada una a su manera, aunque ninguna quería sacrificarse y cubrir las áridas planicies.

"¡Ay, el mundo es tan triste", -suspiró el sauce llorón- "jamás encontrarás a alguien que te ayude!".

Y lleno de congoja dejó caer sus ramas en las oscuras aguas que a sus pies dormían.

De pronto se dejó oír una vocecilla cristalina:

"Oh, Madre Tierra, yo si quisiera cubrirte de verde". Era el pasto, el pequeñito, de débiles y delgados canutillos. –

-*"¡Uf! ¡Qué grande te sientes! -refunfuñó la ortiga".*

Tampoco ella había querido ayudar, pero ahora sentía envidia.

-*"Personas y animales te pisotearán y no podrás defenderte como yo".*

Los poderosos árboles comenzaron a zumbar con desprecio:

-*"No podrás elevarte como nosotros hacia el sol. Miserablemente te arrastrarás por el suelo"*

-*"No tendrás flores que te engalanen. Como cenicienta irás vestida"* -regañó el pomposo clavel.

Es cierto que el pobre pasto se sintió amedrentado, pero seguía susurrando, valientemente:

-*"Yo te ayudaré, mi buena Tierra".*

Y al momento comenzó a recorrer la Tierra con sus raíces. hilando con miles y miles de tallitos una mullida alfombra verdosa.

Un manto de verde cubrió las superficies desnudas, donde el viento, en tenue juego, levantaba al vaivén olas de fresco verdor. Ni una florecilla interrumpía la verde monotonía.

Y las hierbas compadecidas enviaron cada una algunas semillas que brotaron entre el pasto.

Se yerguen ahora con cabecillas rojas, amarillas, azules y blancas en el pastizal.

Aportación de Gabriela Russ
Del libro de lectura "Madre Tierra, Padre Sol"